Ricardo Salas Edwards

Sirvamos las grandes aspiraciones nacionales

Falta acción positiva.—Debe ser otra nuestra actitud.—Axiomas de sicología popular.—Expuestos al olvido popular.—Obligación de ser gobierno.—Como fueron mayoría los pelucones.—Como triunfaron los católicos belgas y alemanes.—Infundado pesimismo.—El cohecho en las elecciones.—Los partidos ricos no han aumentado su representación.—Deberes sociales de actualidad.—Necesitamos población.—La instrucción pública.—Una moneda de valor fijo.—Protección a las industrias fundamentales.—No basta con proclamar buenos propósitos.—Se requiere una actitud política activa.—Un plan de Gobierno.—La oposición lo ha iniciado otras veces.—La unión política de Sud-América.—La segunda etapa del Gobierno electivo.—El sufragio femenino ante el concenso universal.—Llegará a Chile apesar de los que lo temen.—Abandonemos nuestras trincheras.

Discurso pronunciado en la Convención Conservadora de Septiembre de 1918

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA CERVANTES
Moneda 1170
—
1918

Ricardo Salas Edwards

Sirvamos las grandes aspiraciones nacionales

Falta acción positiva.—Dede ser otra nuestra actitud.—Axiomas de sicología popular.—Expuestos al olvido popular.—Obligación de ser gobierno.—Como fueron mayoría los pelucones.—Como triunfaron los católicos belgas y alemanes.—Infundado pesimismo.—El cohecho en las elecciones.—Los partidos ricos no han aumentado su representación.—Deberes sociales de actualidad.—Necesitamos población.—La instrucción pública.—Una moneda de valor fijo.—Protección a las industrias fundamentales.—No basta con proclamar buenos propósitos.—Se requiere una actitud política activa.—Un plan de Gobierno.—La oposición lo ha iniciado otras veces.—La unión política de Sud América.—La segunda etapa del Gobierno electivo.—El sufragio femenino ante el concenso universal.—Llegará a Chile apesar de los que lo temen.—Abandonemos nuestras trincheras.

Discurso pronunciado en la Convención Conservadora de Septiembre de 1918

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA CERVANTES
Moneda 1170
—
1918

Sirvamos las grandes aspiraciones nacionales

Falta acción positiva.—Debe ser otra nuestra actitud.—Axiomas de sicología popular.—Expuestos al olvido popular. — Obligación de ser Gobierno.— Como fueron mayoría los pelucones.—Como triunfaron los católicos belgas y alemanes.—Infundado pesimismo.— El cohecho en las elecciones. — Los partidos ricos no han aumentado su representación.—Deberes sociales de actualidad.— Necesitamos población.— La instrucción pública.—Una moneda de valor fijo.— Protección a las industrias fundamentales.—No basta con proclamar buenos propósitos.—Se requiere una actitud política activa.—Un plan de Gobierno.— La oposición lo ha iniciado otras veces.—La union política de Sud América.— La segunda etapa del Gobierno electivo. —El sufragio femenino ante el concenso universal.—Llegará a Chile apesar de los que lo temen.—Abandonemos nuestras trincheras.

Discurso pronunciado en la Convención Conservadora de Septiembre de 1918

Señor Presidente, Señores Congresales, Señores:

Conquistadas hoy día todas las libertades políticas hasta el punto que el poder ejecutivo, depositario de la fuerza, casi es un mito y sin eco suficiente ya en el país los gritos sectarios de lucha contra la Iglesia que no alcanzan a provocar actitudes definidas y permanentes en nuestros adversarios, los conservadores nos hemos habituado, desde el 91 acá, a considerarnos como un partido sin programa de acción positiva.

Salvo excepciones referentes en especial a las diversas leyes obreras dictadas hace tiempo con nuestro activo y decidido concurso colectivo y a algunas iniciativas aisladas posteriores sobre adquisiciones

militares, organización ferrocarrilera, educación obligatoria y algún intento frustrado de acción económica, iniciativas estas últimas que no han sido propiamente obra ni programa político; salvo estos casos decimos, la actitud de nuestro partido sobre todo en los últimos trienios parlamentarios, ha sido más o menos, como la de nuestros adversarios, de mera espectación política.

N Allí hemos estado los conservadores en nuestras trincheras con el arma al cinto, listos para defendernos de quien nos ataque, pero sin tomar como cuerpo político la ofensiva de conquista para impulsar por una acción colectiva, uniforme y entusiasta, las reformas públicas que hoy exige la evolución natural del país.

La relación que el Diputado señor Silva Cortés nos ha hecho de la labor parlamentaria última es la prueba de ello, pues él no ha podido hacer la historia de ninguna campaña conservadora a favor de una idea positiva, fuera del proyecto de instrucción obligatoria, que aún no ha encontrado eco en el Senado y, con toda la bondad de su corazón, se ha limitado a elogiar la cooperación conservadora a la común labor legislativa.

Una prueba de la verdadera adaptación del organismo conservador a la defensa, más que a la iniciativa es la prodigiosa resistencia opuesta a la clausura del debate en los últimos meses.

A UD Pues bien; yo vengo a someter a vuestro ilustrado criterio algunas reflexiones para que veais si no debe ser otra nuestra actitud. Que por mi parte me adelanto a declararos que el ejemplo de los antiguos

pelucones, el ejemplo de Irarrázaval y el de los radicales del 74, me han hecho meditar sobre la necesidad de una política conservadora activa en estos precisos momentos.

La apatía general de los demás partidos ante los graves problemas de lejano origen que turban el horizonte, me permite, en efecto, decir que estamos desperdiciando la más brillante de las oportunidades patrióticas y de ello quiero hablaros ahora que el soplo vivificador de la Convención de Valparaiso trata de orientar nuestra política hacia rumbos de vida constantemente activa, práctica y popular.

*
* *

Son reglas elementales de sicología política que así pudo formularlas Plinio como Le Bon, pues son tan ciertas hoy como hace veinte siglos, las siguientes:

Que los ideales de un partido político necesitan estar propagándose constantemente ante la conciencia de los ciudadanos para conservar adeptos. El país gusta que sus servidores estén siempre a la vanguardia marcándole todos los pasos del camino.

Que las aspiraciones de un partido deben traducirse en cada momento en proyectos concretos y positivos adecuados a las diversas necesidades nacionales de ese instante, pues no comprenden las multitudes las fórmulas vagas de un programa.

Que no es dable esperar que la mayoría de los electores de un país acuda a enrolarse en las filas de un partido si prácticamente no ve que sus políti-

cos buscan con entusiasmo la solución oportuna de todos los grandes problemas de actualidad que se relacionan con sus intereses, sean ellos de caracter religioso, o de caracter social o agrícola o fabril, comercial o internacional.

Aplicando estos postulados podemos decir que una actitud simplemente defensiva, por enérgica y valerosa que fuera, de la actual situación político-religiosa combinada con una actitud prácticamente neutral o poco entusiasta, si se quiere, en alguna de las demás evoluciones del país, nos haría aparecer como desentendiéndonos a veces de la más noble aspiración humana, que es el anhelo por el progreso social de nuestros semejantes.

Una actitud como la indicada de frecuente y prolongada inacción es expuesta a merecer el olvido popular y tiene el inconveniente sobre todo de que deja en manos de nuestros adversarios la masa enorme y pasiva del país que, sin ser irreligiosa, busca con más empeño los bienes de la tierra que los del cielo, y de cuya voluntad, querámoslo o no, depende la elección de la mayoría del Parlamento y el Gobierno de la República.

Porque, no lo dudéis, tenemos la obligación de aspirar constantemente a la mayoría de gobierno, sea con nuestras propias fuerzas o en alianza con partidos amigos.

Ser mayoría y ser gobierno he dicho. Sí. Es obligación nuestra el abrirnos un camino que nos lleve a las alturas de la Moneda a realizar un programa público y obligación tan sagrada o más sagrada que

la de batirnos a la defensiva en las trincheras de la oposición.

No basta, como algunos creen, con poseer el medio obstructor para impedir la dictación de malas leyes. Sin dictar ley alguna han podido los radicales, estando en el poder, excluir de la instrucción pública prácticamente a sus adversarios y continuarán entregándola a educadores de espíritu sectario que siembren en las nuevas generaciones ideas contrarias a nuestros ideales, si llegamos nosotros a contentarnos definitivamente con hacer obra negativa de minoría.

Por varios decenios estuvo el gobierno en nuestras manos en el siglo pasado; y si la gloria de los políticos ilustres que sirvieron a la República en aquella época nos enorgullece como herederos de los antiguos pelucones, justo es que su ejemplo también nos dé fe para creer que si abarcamos como ellos, con entusiasmo y decisión, todo el vasto programa de las necesidades públicas, estará con nosotros la mayoría de los electores conscientes del país en esta época crítica en que más que en ninguna otra todo el mundo pide un gobierno sólido con nuevas orientaciones educacionales, económicas, internacionales, etc.

Porque ello y sólo ello fué lo que hizo necesario el gobierno conservador de las primeras décadas de la República. Portales, Egaña, los Tocornal, García Reyes y Rengifo, como congresales o como ministros, presintieron las necesidades de la República naciente en materia de orden administrativo, de codificación legal, de marina de guerra, de hacienda

pública y de vida internacional. Buscaron ellos con empeño la solución de estos problemas de general y positivo interés, pero ajenos a toda idea religiosa, y lo encontraron con acierto; el país, agradecido, vió en ellos a sus mejores conductores políticos. Fué éste y no otro el secreto de su legítima mayoría de gobierno y ahí está la Historia de Chile para atestiguarlo.

Por idénticos caminos los católicos de Bélgica y de Alemania han pasado a ser en su patria, después de un largo ostracismo de minoría, el eje central y más seguro del gobierno parlamentario donde sus voces autorizadas se habían dejado siempre oir de las primeras en el estudio de todas las cuestiones diplomáticas, o militares o en los asuntos relacionados con el progreso simplemente social o comercial de sus conciudadanos. A los católicos belgas y alemanes se deben en gran parte las reformas económicas y la política internacional de esas naciones en los últimos cincuenta años; han vivido ellos dedicados a la vez al porvenir moral y material de sus compatriotas.

Su norma, como la de los viejos pelucones, ha sido la que enseñan los elementales axiomas de sicología política que hace poco citaba; esto es, que no puede haber problema alguno de actualidad que no aspiren los congresales de un gran partido con emulación patriótica a darle ellos por iniciativa propia la más acertada solución, y que los políticos que saben prever y remediar acertadamente las grandes necesidades públicas que a todos afectan por igual,

están destinados irresistiblemente a ser cabeza de gobierno.

*
* *

Bien comprendo, señores y amigos, que a muchos de vosotros causará extrañeza esta teoría de aspirar en todo momento a ser gobierno. Un acentuado pesimismo domina pasajeramente nuestras filas ante el triunfo de nuestros adversarios en Marzo pasado. La última discusión sobre clausura del debate revela cuán remota han considerado nuestros diputados la posibilidad de obtener en una época próxima la mayoría de la Cámara.

Sin embargo, para que el reciente éxito, de la alianza radical-liberal, por lo demás, bien escaso numéricamente, no nos alarme demasiado, conviene recordar que nunca estuvo más segura la evolución pelucona del año 1830 que después del triunfo del ideologismo liberal del año 1828 que lo sometió a una desastrosa prueba.

El país es quien ha de decir siempre la última palabra, este país trabajador y neutro ante el cual la Alianza radical supo disimular hábilmente en las últimas elecciones generales sus aspiraciones de resucitar las aborrecidas luchas religiosas para hablarle únicamente de estabilidad gubernativa y de progreso social, ese país que ya mira con desencanto en vez de estas promesas la anarquía política entronizada y un intento de perturbar las conciencias, junto con el olvido de las grandes necesidades económicas de la hora presente.

La futura presidencia de la República y la mayoría del venidero Congreso pertenecerán, no hay duda, al partido o partidos que enmedio de esta estupenda crisis mundial que ha de trastornar toda nuestra economía comercial y fiscal y nuestros rumbos internacionales, sirva con más prontitud y eficacia los anhelos del país.

Si nuestro partido celebra una alianza con otros bajo compromiso de no remover los puntos de programa en que difieren, el camino del éxito es el mismo; proclamar y servir desde luego ideales comunes de actualidad nacional para realizarlos cumplidamente enseguida como mayoría de gobierno.

*
* *

Para ello no habría otro camino, dicen algunos que confunden la política con el comercio, que formar un gran capital para gastarlo en las elecciones próximas y obtener la mayoría del Congreso.

La consabida historia de las grandes maletas billeteras.

Se exagera al hablar así la fuerza del cohecho sin discernir que si hoy puede mucho el dinero electoral, es precisamente porque no hay actualidad de ideas en lucha.

Se olvida, además, que el exceso mismo del mal no tardará en imponer su remedio. El *cohecho*, dados los límites a que ha llegado, es probable en efecto que no tarde en ser reprimido como lo fué en el siglo pasado en Inglaterra con la simple declaración de nulidad de la elección en que se compruebe que un

candidato ha gastado más de cierta módica suma en propaganda.

Pero no se crea que porque hoy el dinero suena estruendosamente comprando a la luz del día el voto de los inconscientes haya sido siempre en Chile la clave principal de una elección. Para convencerse de cuánto pueden hoy mismo junto con el dinero las aspiraciones del partido, basta con recordar que jamás ha podido un potentado de fortuna, servido de amigos personales, vencer por sí solo en las urnas, sino afiliado a un partido que lo bautiza, haciéndolo su soldado y le presta en cambio su prestigio y su organización de prensa, de oradores y de personal político para la lucha. Vosotros sabéis, por el contrario, que hay ciertos caudillos populares por su acción política para quienes es siempre *barata* una elección.

Observad, por último, que a pesar de la enorme desigualdad de fortuna de los partidos chilenos, los que tienen candidatos más pudientes, que son los doctrinarios, los conservadores y los nacionales, no han aumentado en conjunto su proporción en el Parlamento en los últimos 25 años; que, por el contrario, los partidos cuyos sillones aumentan en las Cámaras son precisament los más pobres; pero que reclutan adeptos de ideas cómodamente y en abundancia como los radicales al favor de la tendenciosa enseñanza fiscal o en forma natural y lógica como el partido demócrata que no tiene dinero que poner en las urnas.

Puede hoy mucho, por tanto, la fuerza del convencimiento, la adhesión a una idea de actualidad

popular y mucho más podrá cuando el inmoral cohecho vaya desapareciendo, sea por su sanción legal o por la creciente cultura de los ciudadanos.

Cada vez que una elección vaya a decidir la solución de un discutido problema de palpitante interés, puede estarse seguro de que disminuirá el número de los sufragantes venales.

*
* *

Hay obligación, pues, de tomar resueltamente el verdadero camino que convierte a los partidos en mayorías parlamentarias. Prueba nuestra historia contemporánea que las puertas de ese camino de la victoria no se abren, como hemos dicho, sino para el partido que en todas las cuestiones políticas que suscita la vida nacional dá la nota más alta de iniciativa, de abnegación y acierto, lo que equivale también a cumplir con otro grande y sagrado deber social, el de procurar el bienestar de nuestros conciudadanos.

ES D Nuestro deber social he dicho. En ningún hogar político podrá resonar este concepto con mayor poder y significación moral que entre nosotros y permitidme que para justificar tal aserto que viene a dar fuerza definitiva a mi tesis sobre la necesidad de hacer en todo momento política universal y activa, os concrete mi pensamiento con el ejemplo de algunas de las necesidades nacionales que por motivo de la guerra europea reclaman hoy mismo, en nombre de nuestra conciencia de cristianos, la ini-

ciativa de los que de lejos o de cerca vivimos, en la vida pública.

La gran guerra del presente significa para la mayor parte de la humanidad la desaparición de hombres sanos, arrebatados por la muerte en toda la edad de la actividad y del trabajo y en mayor número ya que la población total de Chile; significa la pérdida de imponderables sumas de millares de millones de pesos empleados en gastos improductivos o completamente aniquilados, como las ciudades y las naves de comercio; y este desastre ha de continuar.

Si nos detuviéramos a reflexionar un instante en este solo capítulo de la futura pero cierta herencia de la guerra, deduciríamos de él que nuestro país debiera estarse ya preparando para una época análoga a la presente en perturbaciones industriales y en que, debido a la escasez de hombres en Europa, faltará la cooperación que nos ha prestado una culta inmigración del extranjero, y se necesitará más que nunca conservar nuestra raza por la higiene y por la organización estable de la familia, y será menester sobre todo valorizarla para la vida industrial con una educación eficiente que le dé la prosperidad económica indispensable para multiplicarse. Necesitamos población, en una palabra, y población apta para la lucha de la vida. Sin ello, no seremos nación,

Debiéramos a este propósito, tomar nosotros, sin temor, la iniciativa para solucionar de una vez por todas la desorganización de la familia y debiéramos exigir de la Alianza Liberal el despacho de la edu-

cación obligatoria que prohijaron nuestros diputados hace un año.

Por último, es forzoso que pensemos en reorganizar nosotros por ley la instrucción pública con rumbos educativos prácticos. La educación particular no podrá jamás bastar a las necesidades del país.

Fué el Partido Conservador el que creó la instrucción pública; justo es que los conservadores la desarrollen con cariño exigiendo terminantemente que su Consejo directivo se organice en forma republicana, en vez de generarse absurdamente por sí mismo como hoy día en que no se sienten en él las palpitaciones del organismo nacional.

En este país, toda la juventud que ama la independencia, aspira a ganarse la vida en revender o disputarse un producto y casi nadie en fabricarlo; el extranjero refina y elabora nuestros valiosos metales; el cultivo intensivo es una excepción, siendo que blasonamos de agrícolas; en la escuela rural, nada se enseña sobre podas, cultivos ni abonos, al hijo del rutinario canpesino y los planteles de enseñanza agrícola funcionan en campos artificiales o en centros urbanos para que todo ande en la enseñanza, sea o nó universitaria, en choque con la realidad de la vida.

El señor González, que me ha precedido en el uso de la palabra, merece a este respecto, un voto unánime de aplauso, no sólo por lo que acaba de expresar tan claramente, sino por su larga y tesonera campaña en la prensa; que la constancia es virtud rara entre nosotros.

*
* *

Hemos dicho que la guerra está consumiendo como en una hoguera, junto con las vidas, los ahorros del mundo civilizado. La disipación de los capitales comerciales y el endeudamiento general de las naciones hasta límites antes no soñados, producirá la carestía del dinero, o sea, el alza del interés. Para contrarrestar esta pesada carga para la agricultura y para las industrias nacionales, es menester movilizar nuestras reservas comerciales y dar elasticidad a la circulación monetaria con el establecimiento de una institución económica central. Es preciso poseer alguna vez una moneda fija para nuestro comercio; así no saldrán a buscar colocación en el extranjero, como ahora, nuestros grandes capitales de ahorro.

¿No es un deber nuestro como cristianos, decidme, el ocuparnos decididamente en estas cosas? No depende de ellas la vida o el bienestar de nuestros semejantes? No nos corresponde a nosotros más que a nadie la iniciativa ante el postulado de caridad social que envuelve la vieja y nunca satisfecha aspiración por una medida de valor fija que permita remunerar con verdad el esfuerzo humano y saldar los compromisos sin despojo de acreedores o de deudores?

¿Y quién podrá negar que al estudiar próximamente los nuevos impuestos que han de ir reemplazando en parte y poco a poco al del salitre, habrá que someter a exámen las capacidades económicas taxables a la luz de los sagrados y divinos princi-

pios de la justicia distributiva que debe iluminar todos nuestros pasos?

N
RIAS
LES

Que por donde quiera que miremos hemos de encontrar el aspecto moral de los grandes problemas públicos y que así como es obligación dar una limosna al desvalido puede decirse que es un deber colocar a todos nuestros conciudadanos en situación de no tener que pedirla por una educación pública eficiente y un medio económico que facilite la acción del trabajo; y que así como es un deber socorrer al que va a ser despojado por la fuerza del fruto de sus sudores, mucho más lo es el asegurar por obra gubernativa las industrias primarias o de movilización sin las cuales puede desaparecer la vida comercial y la subsistencia de los chilenos; tales son las industrias del fierro, del carbón, etc., y la explotación de las fuerzas hidráulicas y la marina mercante, tan fundamentales para los trabajos de la paz como para los de la guerra.

¿Por qué, pregunto yo, no tomamos nosotros como partido y desde luego imitando a los viejos pelucones, la iniciativa en estos patrióticos anhelos de remediar las urgentes necesidades del día?

*
* *

Pero serán muchos tal vez los que quieran ya replicar que nuestro programa de partido también habla de estas cosas en términos generales y que hay algunos proyectos de nuestros amigos en los últimos Congresos que podrían citarse como ejemplo de que no sólo les interesa la defensa de la idea religiosa, sino

también el bienestar social y material de sus conciudadanos.

No seré yo quien alegue ignorancia de los ejemplos que se me quiere citar, valorizo todo lo que en la Cámara suele disertarse sobre estos temas y lo que aquí se ha dicho tan elocuentemente y se dirá sobre el particular; y sé que en la redaccion principal de los dos más grandes diarios que simpatizan con nuestras ideas, tenemos dos economistas de reputación nacional, que van sembrando útil semilla en el surco y ya he dicho cuán digna de felicitación a mi juicio es la orientación que nos traen los progresistas conservadores de Valparaíso, sobre todo en lo referente a la gran industria fiscal y comercial del salitre y en su anhelo de protección a la clase social que está destinada a llenar esa especie de abismo que existe en Chile entre las masas populares y las altas clases dirigentes, aspiración que vendría a coordinarse con nuestra pasada y hon rosa iniciativa, aún incompleta, en las cuestiones obreras, pues equivale al propósito de reconstituir los grandes tramos perdidos en la escala del ascenso social.

No ignoro que estos hechos, junto con la energía revelada por nuestros actuales congresales y su reconocido talento, son una prueba de la posibilidad de acometer con entusiasmo la empresa de la reorganización económica nacional que el país anhela en estos instantes; pero estos hechos aislados y tan hermosas aspiraciones no constituyen de por sí, permitidme decirlo, una actitud política.

Lo que necesitamos es tomar efectivamente bajo nuestra protección los intereses todos del país y servirlos con un poder y constancia análogos al que revelaron nuestros diputados ante el exagerado temor a las reformas reglamentarias proyectadas.

El país sabrá enseguida a quién debe sus beneficios.

*
* *

Pero, me diréis aún, que en todo eso va envuelto en realidad un plan de gobierno y que es al gobierno a quien corresponde la iniciativa de él.

Quiero suponer para dar valor a vuestro argumento que exista en el país una mayoría estable y conocida de gobierno y os replico diciendo que las minorías parlamentarias, por pequeñas que sean, tienen obligación de hacer valer los anhelos de sus representados antes que las mayorías de gobierno si por desidia de éstas les es posible y contra ellas, si las soluciones proyectadas por el ministerio no son de su agrado.

¿Y el éxito es posible en tal situación? preguntaréis ¡Ah hombres de poca fe que no creéis en la fuerza de las ideas destinadas a encauzar las evoluciones naturales de la sociedad! A vuestra vista tenéis en el país dos grandes hechos contemporáneos, entre otros muchos, que son una lección elocuente.

Irarrázaval, nuestro gran jefe que aún espera el bronce de la gratitud nacional, hizo triunfar, casi él solo, el proyecto del pequeño municipio indepen-

diente que está trasformando silenciosamente a nuestro país, imponiéndolo con sus razonamientos a la voluntad de los partidos de mayoría que lo rechazaban; su patriótica actitud lo llevó a la jefatura del gabinete un año más tarde.

No menos significativo es el otro hecho que quiero citaros mostrándoos el camino que siguió la alianza liberal-radical de 1874 para llegar al poder.

Durante largos años sus caudillos no habían cesado de reclamar como opositores la reforma liberal de nuestras instituciones en la prensa, en los meetings, en los clubs de estudios políticos y en el Congreso, aspiraciones bién lógicas que no sirvieron oportunamente nacionales ni conservadores en el gobierno. La opinión pública inclinó por fin la balanza del lado de la oposición y ésta, convertida en mayoría, subió las gradas de la Moneda con la bandera desplegada de las reformas políticas que tanta resistencia habían allí encontrado.

Veis cómo se triunfa desde la oposición contra las ideas de gobierno y cómo se llega a él en nombre de aquéllas. Pero cosa singular, hoy día, en el momento actual, no existe idea alguna enemiga contra la cual luchar, ninguna bandera de actualidad nacional flamea en las alturas, los partidos que se llaman de mayoría de gobierno ocúpanse en cosas bien ajenas a los grandes y urgentísimos problemas, que nos suscita la guerra mundial, y ¿podríamos perder nosotros la oportunidad de conquistar en estos momentos un campo que se nos abandona? ¿Trepidaríamos en batir la gran bandera nacional al frente de la mísera enseña roja de las luchas reli-

giosas que algunos radicales y liberales levantan y que sólo reune adeptos en los círculos juveniles exaltados de la capital y en los que tienen entregada ya la independencia de su razón al juramento secreto del odio a las creencias?

Tal es la impotencia del gobierno enmedio de la actual inseguridad ministerial proveniente de nuestro defectuoso régimen parlamentario, y de la carencia de un verdadero programa nacional, que ni siquiera es probable se atreva nuestra cancillería a orientar francamente nuestras relaciones exteriores en estos momentos hacia la definitiva unión política y comercial Sud-Americana que se impone a la vista de la proyectada liga mundial de naciones, unión que marcaría el afianzamiento de la paz futura de América y su solidario engrandecimiento, en esta crisis que va acercando el centro del mundo al continente de Colón.

Las voces de Sud-américa dividida no tendrían eco en el concierto de las Naciones.

Hé aquí una iniciativa patriótica, entre muchas que celebraría ver realizada,—perdonadme mi impertinencia,—por algunos de nuestros esforzados e inteligentes congresales sin esperar invitación de nadie.

***

Y tampoco desearía ni como conservador, ni como cristiano, que tuviérais la idea de dejar para nuestros adversarios las simpatías que han de corresponder al partido que a impulsos de una evolución universal inevitable lleve a cabo la segunda etapa

del gobierno electivo, inferior en importancia solamente a la que implantó en Chile independiente el poder electoral de los varones.

Me refiero al derecho de nuestras madres y de nuestras esposas y de las mujeres hábiles de edad, en general, a dar periódicamente su opinión sobre cuáles son los ciudadanos más capaces y más dignas de administrar un municipio o de dictar las leyes que a ellas les afectan en igual proporción que a la otra mitad de la República.

No pretendo defender aquí ni la justicia ni la conveniencia de tal reforma, porque sería abusar de la paciencia vuestra; me limito sí a recordaros sucintamente los siguientes hechos.

Desde varios años antes de la guerra europea funciona el voto femenino en diversas naciones del mundo en las cuales su política demuestra, por efecto de ello, una acentuada tendencia al alejamiento de las luchas religiosas y a buscar con ahinco la solución de las cuestiones obreras y de higiene pública y de una sana educación popular.

Durante la guerra y en medio de la prueba asombrosa de abnegación que ha dado el corazón de las mujeres, son ya mayoría los Estados de Norte América que han reconocido el sufragio femenino y el Presidente Wilson sugestiona al mundo en estos momentos con sus entusiastas alegatos a favor del voto universal de esa mitad del género humano, olvidada por los políticos y en cuya influencia electoral ve el jefe de la gran democracia norte-americana la mejor garantía de la paz futura del mundo.

Inglaterra, la conservadora Inglaterra, acaba de

acordar en la Cámara de los Comunes en Febrero último y casi sin discrepancia la igualdad del derecho eletoral para el bello sexo, a petición de Lloyd George y de Mr. Asquith que habian sido antes sus más decididos enemigos.

Va, pues, en vías de ser ésta una cuestión de concenso universal que llegará a Chile por obra de imitación, por fuerza del convencimiento y porque la cultura misma de la mujer chilena la hace digna de esta altísima función social; llegará a Chile como en el siglo último llegó la República y el sufragio masculino a impulsos de ejemplos extraños.

Yo sé que hay tímidos amigos nuestros de sotana y de vestón que se escandalizan de estas ideas y aseguran que jamás penetrarán aquí, pero si ellos con todo su aire grave no tendrían medios ni para lograr siquiera que las mujeres chilenas llevaran falda arrastrada y barredora cuando la moda es la falda corta, ya puede presumirse si sus aprensiones valdrán algo para impedir una evolución tan universal y natural como la que se aproxima y que es la lógica consecuencia del reconocimiento de los derechos sociales y legales de la mujer que la Iglesia de Cristo siempre ha defendido.

Enemigos decididos tuvo hasta la abolición de la esclavitud, pues había sido un régimen secular del trabajo; de «temeraria innovación» fué calificado también entre nosotros, hace un siglo, el sufragio de los ciudadanos varones, por políticos que cubre felizmente el manto del olvido y yo hago votos porque los historiadores futuros de Chile, al narrar como una curiosidad esta época política en que vivimos,

que aún cierra sus oidos al corazón y al buen sentido de la mujer, pueda decir solamente que fué un conservador ilustre, el señor don Abdón Cifuentes, quien primero defendió el derecho político de las mujeres chilenas, que fué un diputado conservador, el señor Undurraga, quien se adelantó con entusiasmo a darle forma y . . . que fué el partido Conservador todo entero quien impulsó y realizó esta idea tan cristiana y tan esencialmente conservadora del orden social.

Os he hablado de este tema tan sólo cumo un ejemplo, para que veáis cuán interesantes y cuán variados son los problemas de actualidad que reclaman nuestra acción.

Pero basta ya! que no es mi ánimo obstruir los debates de esta simpática Asamblea ni postergar su clausura. Sé que se ha fijado un límite moderado a los discursos y pido a la Mesa directiva y a mis correligionarios mil excusas por haberme entretenido tanto tiempo en esta exposición cinematográfica de orientaciones políticas de la hora presente.

Y sea mi despedida el voto que formulo por que abandonemos sin demora la táctica defensiva y que salgamos de las trincheras subterráneas en que nos batimos para avanzar de frente en campo abierto a conquistar las alturas de gobierno, llevando en alto la bandera de las grandes aspiraciones nacionales; que esa es nuestra más clara conveniencia política y ese es nuestro deber como patriotas y como cristianos.